

Tocamos, en fin, al término de la imperfecta cuanto cansada tarea que hemos emprendido, luchando con nuestra incapacidad, con el egoísmo de algunas personas que podían habernos secundado poderosamente, y hasta con la oposición sistemática y cobarde de otras, que mirando siempre el porvenir, opinan que no debe decirse la verdad, cuando se ataque con ella á aquellos que mas tarde podrían tomar venganza de los que, como nosotros, les arrancaron la máscara bajo la cual se habían creído cubiertos.

Amparados solamente de la buena intención que nos ha guiado y de la verdad con que hemos vestido nuestro desaliñado opúsculo, tenemos el derecho de pedir al público nos otorgue su grande indulgencia, perdonando todas aquellas faltas que, ajenas á nuestra voluntad, hacen este trabajo indigno de ver la luz pública.

México, Diciembre 23 de 1869.

IGNACIO DE LA PEZA. AGUSTIN PRADILLO.

APÉNDICE.

SRES. D. IGNACIO DE LA PEZA Y D. AGUSTIN PRADILLO.

Casa de vdes., Diciembre 31 de 1869.

Señores y estimados compañeros y amigos: Me he impuesto de su interesante "Opúsculo," en el cual ya vdes. hacen la defensa de mi persona, lo que agradezco con toda mi alma.

Me prometo de nuestra buena amistad no tengan vdes. inconveniente en dar lugar como un apéndice á su apreciable y citado Opúsculo, al escrito que en mi defensa tengo el gusto de remitirles adjunto.

Agradecido quedo como siempre de vdes., amigo y servidor Q. SS. MM. B.

Manuel Noriega.

Señores D. Lorenzo de la Peña y D. Agustín Parrillo.

Casa de vdes. Diciembre 31 de 1869.

Señores y estimados compañeros y amigos: Me he impuesto de su interesante "Opusculo" en el cual se vdes. hacen la historia de mi persona, lo que agradezco con toda mi alma.

Me prometo de nuestra buena amistad no tener vdes. inconveniente en dar lugar como un apéndice a su apreciable y claro Opusculo, al escrito que en tal momento forma el grupo de remitidos adjunto.

Agradeciendo mucho como siempre de vdes. amigo y servidor Q. S. M. B.

Manuel Chaves

MUCHO tiempo habia trascurrido desde los grandes y solemnes acontecimientos que acompañaron á la caída del Imperio, cuando despues de pasar por todas las vicisitudes y desgracias consiguientes á la situacion excepcional en que me hallara, lo mismo que mis demas compañeros de infortunio, recibí el permiso del gobierno para venir á esta capital. Si como son públicas las calamidades que tuve que sufrir y los peligros á que en union de mi familia me ví expuesto en las ciudades de Puebla y Jalapa, no fuesen sino de aquel género de sucesos comunes en la historia de nuestras contiendas políticas, pero ignorados por la mayor parte de las gentes, lejos estaria siempre de mi ánimo el relatarlos en estas líneas. ¿Qué interes podria tener el público en conocer los pormenores de los aciagos dias que han trascurrido para mí desde el memorable 2 de Abril de 1867? El ansia que devora á algunos es-

píritus mezquinos por llamar la atención de sus contemporáneos, haciendo ostentación hasta de las penas que les cercan en la desgracia, tampoco agita al corazón de un antiguo soldado que jamás tuvo en sus acciones por norte la vanidad, ni en los mejores días de su juventud. ¿Cómo, pues, hoy, desengañado por una larga experiencia de lo que son los hombres y las cosas; hoy que agobiado por los años toco al fin de mi existencia, pudiera pretender atraer las miradas de mis compatriotas haciendo mi propio panegírico?

Para honra del antiguo ejército, á que yo he tenido la de pertenecer, pocos son sin duda aquellos de sus miembros que no han seguido una conducta semejante en los momentos en que, no ya los enemigos del pasado régimen, que han tenido más cordura y discreción para apreciar muchos de los últimos sucesos, sino algunos de los mismos partidarios nuestros que de diferentes modos figuraron en aquel, déjense, no sé si candorosa ó maliciosamente, sorprender por los propagadores de especies falsas las unas, calumniosas las otras y adulteradas las más. No han faltado, empero, quienes al abrigo de todo contratiempo, teniendo por valladar nada menos que el océano, y deseando á lo que creo, exhibirse ante el mundo, digámoslo así, como unos héroes esforzados, han dado á la prensa sus folletos, más llenos de esa vanidad de que hablé antes, que de apreciaciones útiles para la historia de la época que refieren. No son, sin embargo, mexicanos los que ocupan el primer lugar entre esos escritores que, sin analizar las verdaderas causas de los

sucesos, ni relatar con puntualidad los hechos, andan á porfía, como tratando de hallar el origen de la ruina del Imperio y del trágico fin de su infortunado jefe, en desaciertos y crímenes que distaron mucho de cometerse, si no fué acaso por esas mismas personas que hoy se empeñan en llamar la atención pública, cual si quisiesen ellas mismas apartar de sí toda sospecha, y hacerla recaer sobre los inocentes á quienes vituperan. No son, repito, mexicanos los que han descollado en esa tarea poco envidiable y que también la historia apreciará debidamente algún día. Es un pretencioso y ridículo aventurero, un hombre de cuyos antecedentes no quiero ocuparme por no ensuciar mi pluma, y porque México, este país al que tanto vilipendia en pago de las consideraciones é inmerecidos beneficios que le prodigó, conoce demasiado su historia y sabe á qué atenerse; un individuo; en fin, que blasonando de príncipe, de cumplido caballero y de escritor juicioso, *dizque para cumplir* con la última voluntad del Monarca que le ordenó escribiese la historia de los últimos sucesos de su Imperio, pretende borrar de una plumada hechos heroicos que han respetado los mismos vencedores republicanos, mancillar la reputación de muchos ameritados jefes, calumniar á las personas más leales mintiendo descaradamente, ridiculizándolo y tergiversándolo todo, para tener la necia presunción de que el mundo le contemple como el único hombre capaz, según los hechos de que á sí propio se alaba, de haber salvado el trono de la ruina en que se hundió. ¡Cuán sensible es en verdad que le

Emperador Maximiliano no hubiera conocido en tiempo mas oportuno los elevados talentos del esclarecido príncipe de Salm Salm!

Lo singular del caso es, que, como acontece por desgracia en estos lances y segun apunté al principio, algunas personas han leído con avidez el denigrante folleto de Salm Salm, llevadas del natural interes que inspira el drama de Querétaro, y no pocas han creído que, la verdad pura se desprendía de los labios de quien se ha dicho autorizado para relatarla como testigo presencial. No há muchos días que un diario de esta capital hacia las mayores recomendaciones de ese folleto; y por lo mismo, cumple á los hombres de honor que intervenimos en los sucesos que refiere y á quienes tan villanamente calumnia, levantar nuestra voz para dar un solemne mentís á ese detractor de la honra de los valientes y leales mexicanos que no perdonaron esfuerzo ni sacrificio por sostener la causa que creyeron justa.

Desde antes de la publicacion del mencionado folleto, é invitado por algunos amigos á cuyos oídos llegaron rumores injuriosos á mi reputacion con motivo de la pérdida de Puebla, cuya plaza mandé como general en jefe, habíame propuesto escribir una manifestacion de mi conducta, relatando puntualmente los hechos que pasaron y apoyando todos mis asertos en documentos irrecusables. Desgraciadamente cuantas constancias pudiera apetecer se perdieron en el asalto de aquella ciudad; y esta circunstancia me habia hecho ir aplazando la realizacion de aquel propósito.

Mas hé aquí que el folleto de Salm aparece de improviso, folleto en que su traductor en esta capital no tuvo á bien poner siquiera algunas notas que rectificaran ciertos hechos, como el que se refiere á la supuesta traicion que me imputa aquel aventurero, asegurando que yo entregué la plaza de Puebla, con lo cual me infama villanamente y echa por tierra la gloria, que sea lo que fuere de nuestras causas y opiniones políticas, adquirió justamente el general D. Porfirio Diaz, tomando á viva fuerza la ciudad que tan heroicamente defendió la guarnicion imperial.

He tenido, pues, necesidad de rechazar el ultraje, decidiéndome á escribir algunas líneas en defensa de mi honor y aun antes de adquirir los mencionados documentos que sigo solicitando con empeño, para no autorizar con mi silencio los falsos asertos del arrogante príncipe de Salm Salm. No debo contar ya solamente con el testimonio de mi propia conciencia: otra voz mas sagrada, la de Dios mismo, me repite que cuide de mi buen nombre; y á reserva de publicar mas tarde los documentos relativos que vengan á mis manos, cedo hoy á la interpelacion que me dirigen mis dos apreciables amigos los Sres. D. Ignacio de la Peza y D. Agustin Pradillo en el interesante opúsculo que precede. En él han refutado ya victoriosamente esos dignos militares cuantas mentiras y calumnias ha propalado el aventurero Salm Salm respecto de los sucesos de Querétaro y México, que ni me son del todo conocidos ni entran en mi propósito. Me ocuparé por tanto de lo que atañe únicamente á mi persona y

á los sucesos mas importantes de Puebla, generalmente ignorados.

Notorias son para los habitantes de Puebla las circunstancias por que atravesaba aquella plaza en los momentos en que yo recibia el mando, como sucesor del general Cadena, que fué llamado á prestar sus servicios en esta capital de órden del general en jefe del segundo cuerpo de ejército. Seria inútil tambien recordar que ocupadas como estaban ya casi todas las poblaciones de aquel llamado entonces Departamento, y reducida la accion del gobierno á cuyo frente me encontraba, á la ciudad misma y unas cuantas de las localidades mas cercanas, ya en alarma por la proximidad de las fuerzas republicanas, los recursos de hombres y dinero con que yo pudiera contar eran de tan escasa consideracion, que se necesitaba en verdad un valor, una abnegacion y una lealtad probadas, para hacer frente á la difícil y espantosa situacion que apresuradamente se venia encima, y cuyos negros colores subieron de punto, no tanto por la huida de los franceses, cuanto por su traidora é inalicable conducta en los momentos de abandonar el territorio mexicano. He dicho que se necesitaban aquellas altas dotes para afrontar tan desesperada situacion, no porque tratándose al menos del valor haga yo del mio el pretensioso alarde que hace del suyo el príncipe de Salm; sino porque, aunque indigno de mandar aquella valiente guarnicion, para la cual sí reclamo la justicia de que se le reconozcan esas estimables cualidades, yo procuré por mi parte, cual lo he hecho siempre en mi

larga carrera de cincuenta años de servicios militares, cumplir con mi deber hasta donde me fué posible. Y tengo que consignar de paso, no por una ridícula vanidad, sino porque viene á mi propósito, que á pesar de las enfermedades que me agobiaban y con frecuencia me tenian casi imposibilitado en el lecho, no cesé ni un instante de atender á mis urgentes y penosas obligaciones, dictando cuantas medidas me sugirió la idea de salvar á todo trance la plaza cuya defensa se me confiaba, y aun de cooperar, como se hizo en aquellos momentos, á la formacion completa del segundo cuerpo de ejército, con un contingente considerable de hombres y no despreciable material de guerra. Fáltanme por desgracia esos documentos que acreditan con las firmas de mis superiores la verdad de lo que asiento; pero muchos de estos viven aún, y apelo á su testimonio como al de los referidos habitantes de Puebla.

Por aquellos dias, como se recordará, hubo otro incidente desfavorable y en cuyo pensamiento político no me ingiero, porque no soy como el atrevido Salm Salm, censor de oficio de actos que buenos ó malos en sí, al fin pasaron ya y demasiado caro costaron á sus infortunados autores. Refiérome á la rescision del contrato celebrado con los austriacos; y no porque ella privase á nuestro ejército de aquellos generalmente ineptos y cobardes soldados, que fueron mas de una vez la befa de las huestes republicanas, sino porque semejante medida llevaba la añadidura de dejar á aquellos extranjeros en libertad para irse á su país ó tomar parte en el ejército, ofreciendo á los que quisieran prestar

sus servicios, un ascenso de luego á luego. Esto engendró varios males gravísimos y que complicaron la situación; entre otros, la desorganización vandálica de aquellas tropas, que vendieron sus armas, municiones y equipos que tenían almacenados, la pérdida del punto de Tlaxcala, que abandonaron repentinamente antes de la hora en que debían ser relevados, y dejando municiones y artillería de campaña; la elevación repentina é inmerecida de muchos que fueron atraídos por el aliciente referido de los ascensos, y otras muchas calamidades que sería largo referir. Puebla era, pues, teatro de estas escenas desmoralizadoras, y tales eran los funestos precedentes de la situación que iba á seguir.

Juntábanse á éstos las exigencias de los franceses. No quiero hablar de su conducta respecto de varios presos que había en las cárceles, de las fuertes sumas de dinero que se hicieron pagar con varios pretextos, como el célebre de los alojamientos con que dejaron casi exhausto al erario, de atentados como los que cometían apropiándose cobros de fletes de diversas partidas de carros que supusieron tener contratados para conducir el material de guerra que habían mandado traer de Orizava; pero sí debo hacer gran mérito por que ello contribuye á poner de bulto lo desesperado de aquella situación, del impedimento que pusieron para que la ciudad siguiera fortificándose y poniéndose en estado de defensa en los momentos de su fuga para Veracruz. Y no solo entorpecían de esta suerte la acción de las fuerzas imperiales, sino que corrompían

con sus seducciones á los pocos extranjeros que se habían comprometido á sostener al Imperio, como sucedió con el comandante de ingenieros y el capitán Vander-Linden, que desertaron en los momentos de evacuar los franceses la referida plaza. Pero dejemos á estos y á la infamia con que se portaron, perjudicando en otra escala mas elevada la causa que habían venido á defender, y sobre lo cual queda á la historia el consignar los negros cargos que Bazaine, sea lo que fuere de nosotros y de nuestras contiendas, reporta sobre sí. El hecho es, por lo que á mí toca, que con tan contrarios y siniestros elementos contaba para defender en Puebla el Imperio que á gran prisa se iba desmoronando.

No debía parar aquí la pésima situación de la plaza. Evacuada que fué ésta por las referidas tropas, el general en jefe D. Leonardo Márquez desmembró la guarnición de aquella ciudad, quitándome el 15° batallón de línea, en cuya organización había yo puesto todo mi cuidado, y cuyos soldados, al mando del valiente y honrado coronel D. Juan C. Oronoz, merecían toda mi confianza y la inspiraban plena á la plaza que guarnecían. Mas no solo se sacó esa fuerza de Puebla, sino que se mandó salir con ella dos baterías de campaña con cuantos artilleros había en la plaza; dando con esto lugar á que en tan crítica situación, el enemigo, que por todas partes estaba en movimiento, se acercara sin obstáculo á la referida plaza, donde no quedaban mas que trescientos hombres de la guardia civil que se habían tomado de leva poco antes y no tenían instrucción alguna.

Consecuente, sin embargo, con mis compromisos de hombre de honor, y deseoso de cumplir con mis deberes hasta donde me fuera posible, ordené á las fuerzas rurales de Atlixco, Matamoros, San Andrés Chalchicomula, Tepeaca y otros puntos de menor importancia que viniesen á cooperar á la defensa de Puebla. Y efectivamente, vinieron al mando de pundonorosos y valientes gefes, aunque muy disminuidas porque en su mayor parte habian desertado los soldados con armas y municiones. Semejantes esfuerzos de mi parte, lograron á duras penas hacer subir el total de la fuerza que debia defender la plaza, á dos mil infantes y quinientos caballos, sin que se contara con ninguna tropa de artillería.

Con esta fuerza, en que estaba incluso el 16° batallón de línea que puedo decir habia formado la víspera, tomando de leva en aquellas apremiantísimas circunstancias á cuantos hombres se podia haber á las manos, vimos comenzar las hostilidades el 6 de Marzo de 1867, dia en que se presentó el enemigo por el punto de Amozoc y por el de Cholula, al Oriente aquel y este al opuesto viento de la ciudad. En la tarde de ese dia he salido personalmente á rechazar al enemigo que se habia apoderado de la mencionada garita de Amozoc; y en la madrugada del siguiente se verificó lo mismo con los que ocuparon el pueblo de Cholula, cuya expedicion encomendé al general D. Juan Calderon.

A consecuencia del citado comportamiento de los austriacos que guarnecian la ciudad de Tlaxcala, apoderáronse de aquellos lugares fuerzas considerables

que llamando constantemente la atencion, impidieron atender á los que vinieron por Huamantla á las órdenes del general D. Ignacio Alatorre, y que espeditaron la marcha de las que por el rumbo de Acatlan vino acaudillando el general D. Porfirio Diaz.

La tormenta venia, pues, por todas partes: todo se conjuraba en contra de la causa que defendiamos, y estaba para sonar la hora en que finalizase el Imperio. Los unos con su mal disimulado júbilo, y los otros con la manifiesta ansiedad y desconsuelo que experimentaban, indicaban claramente cuál era la situacion que nos rodeaba. En ella, sin embargo, cumplia á mi estricto deber no omitir ningun esfuerzo. Y la nacion toda los vió entonces, como los vió con especialidad la plaza sitiada en forma y de la manera mas estrecha por las tropas republicanas de Oriente. Solo el aventurero Salm Salm, usando de su natural ligereza y de los falsos informes que le ministraron personas maliciosas ó que ni presenciaron siquiera los sucesos, se atrevé á confundir éstos ó á adulterarlos y comentarlos de la manera indigna con que lo hace. Creo sin ser temerario, adivinar el motivo que tiene para ajar de esa suerte mi reputacion, y adelante lo indicaré, para no interrumpir esta somera cuanto desaliñada narracion.

Desde antes que el sitio se estableciera, y temeroso del éxito en vista de los miserables recursos con que yo contaba y las noticias cada dia mas alarmantes de los que tenia á su disposicion el enemigo, no cesé de enviar al ministerio de la Guerra y al mismo general en gefé del segundo cuerpo de ejército, comunicaciones